

Considerando
Qué dudosa es mi suerte,
Siempre llorando.»

Mas, al fin, del verano
Llegan los meses:
Ya goza el Aldeano
Con ver sus mieses;
Pues, ricas siendo,
Trajina, suda y canta,
Siempre riendo.

«¿Qué me importa la siega
Con sus ardores,
Si el dulce premio llega
De mis sudores?»
Y va reuniendo
En gavillas los haces,
Siempre riendo.

«¡Oh! ¡qué grande es la espiga!
¡Qué gordo el grano!
Bien premia la fatiga,
Que no fué en vano.
Pues ahora entiendo
Que pasará las horas
Siempre riendo.»

*Aunque el llanto te enoje,
Lector, advierte
Que la mies se recoge
Tras de la muerte.
Sean tus días
De modo que aquí llores
Y entonces rías ¹.*

¹ Psalm., CXXV, 5.

FÁBULA XV

El Automata parlante.

En un lugar (acaso el del Toboso)
Aquel chusco *Maese*, en su *retablo* ¹,
Presentaba un Automata famoso
A un concurso de gansos numeroso,
Limpiándoles la bolsa, el muy diablo.

Y en verdad que el Automata discreto
Copia todo lo que hace una persona:
Come, bebe, saluda con respeto,
Danza, toca y al público paleta
Hace más de una linda cucamona.

Una vez que, charlando por los codos,
La Turba montaraz perdió la calma,
Y al Automata aplaude de mil modos,
«¡Qué lástima! (á una voz diciendo todos)
Que á tan diestro Galán le falte el alma!»

¹ Alude á Maese Pedro, en *El Ingenioso Hidalgo*.

Ved aquí que el Automata se para;
Hace callar la chusma vocinglera,
Y, tomando expresión altiva y rara,
Cual si un soplo divino le animara,
Suelto el labio, habló de esta manera:

— «¡Imbéciles! ¿Qué diantres os inspiran
Aplaudirme con tanta boca abierta?
¿Acaso entre vosotros no se miran
Automatas que comen, duermen, giran.....
Y en realidad el alma tienen muerta?» —

*¡Oh qué bien, sabio Automata, has hablado!
Aunque charle y se mueva el infelice,
Que, enemigo de Dios, está en pecado,
Un automata es ya; San Juan lo dice:
DEL LIBRO DE LA VIDA ESTÁ BORRADO* ¹.

¹ Apoc., III, 2.

FÁBULA XVI

El Murciélago y el Topo.

En la historia del Murciélago
Cuentan autores apócrifos
Que anduvo una vez muy tétrico
Este animal estrambótico,

Bullendo en todos los ámbitos
En busca de un grave astrólogo,
Que le curase un escrúpulo
Que ya le angustiaba indómito.

Mas, con tanto andar solícito
Tras el saber salomónico,
Elige en su afán por brújula
Al Topo, animal estólido.

— «¡Tú debes de ser un Séneca!
(Le dice con voz de acólito),
Pues siempre te juzgo extático
Allá en tu profundo sótano.

» Por tanto, responde súbito:
¿Aqueste horror hidrofóbico,
Que tengo al Sol antipático,
Será un instinto diabólico....?

» Pues no quisiera en el ánima
Llevar un pecado insólito,
Que al fin me castigue Júpiter
Con un azote hiperbólico.»

— «¡No tal! (respondió el *Lucífugo*);
Antes bien, es muy platónico
No ver los seres malévolos
Que nos inquietan despóticos.

» Repara en mis luengos párpados,
Que son, por demás, anómalos;
Arbitrios son estratégicos
Contra ese enemigo tórrido». —

Con esto que oyó el *Noctívago*,
Clavóse en su mal propósito
De sepultarse al crepúsculo
En su escondite recóndito.

No faltan Devotos sátrapas
Que buscan, con celo cómico,
Mentor que les de el oráculo
Conforme á sus gustos sórdidos.

Mas siempre que el ciego apóyase
En ciego, para ir más cómodo,
Entrambos (verdad sin réplica)
Darán en el foso cóncavo ¹.

¹ Math., XV, 25.

FÁBULA XVII

El Perezoso.

Un hombre, con la suerte por amiga
(Aunque, al cabo, la infiel le trató mal),
Á fuerza de trabajos y fatiga,
Llegó á reunir un corto capital.

«¡Oh! con esto (exclamaba) ya no hay miedo;
Tengo, y me sobraré, para vivir;
Y así, tenderme á la bartola puedo,
Sin tener que afanarme en adquirir.»

Y lo cumple tan bien, *ad pedem literae*,
En los brazos del ocio este español,
Que ni agencia un real, ni mueve un títere,
Cual si hubiera las minas del Tirol.

Mas, á poco, mitad de sus doblones
Gastó en curarse terca enfermedad;
Y, por colmo, unos pícaros ladrones
Lleváronse después la otra mitad.

Ya de todos cayó en el menosprecio;
Ya le tienen por vago y malandrín.
¡Pobre rico! ¡Qué cálculo tan necio
Formara la pereza en tu magín!

Quedó sin blanca, y se volvió al trabajo,
Renegando de sí y de Barrabás.
Desde entonces los hombres, acá abajo,
Mientras más atesoran, quieren más.

*Pues bien: el Fusto que el ejemplo lea,
De los hijos del mundo ha de aprender;
Y, si á santo llegó, más santo sea,
Por temor de enfermar y empobrecer ¹.*

¹ Apoc., XXII, 6.

FÁBULA XVIII

La Pena del Talión.

En tiempo en que regía
La Pena del Talión,

¡Qué osadía!

Un Tuerto picarón
Saltó un ojo á Lucía;
Juzgando el muy borrego,
Que, al verle sin un ojo,
Sin más ruego,
Perdonarán su arrojo
Por no dejarle ciego.

Mas paga sus diabluras,
El daño y la malicia

Con usuras;

Pues manda la Justicia
Dejar al Tuerto á obscuras.

*Espera igual sentencia
El pérfido y malvado,*

Sin conciencia,

*Que peca confiado
De Dios en la clemencia ¹.*

¹ Gal., VI, 7.

FÁBULA XIX

El Rapaz y el Filósofo ¹.

*Hoy, que apenas saludan la Gramática,
Ya comienza en los mozos el ridículo
Afán de hacerse graves y filósofos;
Recorren las espacios metafísicos
Cual si fueran modernos Aristóteles,
Y no dejan secreto, por altísimo,
Que no expliquen en son de catedráticos,
Sin haber empezado á ser discípulos;
Quiero darles lección en una fábula,
Y ha de ser á despecho de los tímpanos,
Para hacerles sentir mejor el látigo,
En el áspero metro monisílabo.*

Aguzaba su inteligencia
Un Joven á orillas del mar,
Esforzándose en penetrar
De Dios la incomprensible esencia.

Y á corta distancia se vía
Afanándose un Rapazuelo

¹ Idea tomada de la vida de San Agustín.

En echar agua en un hoyuelo
Que en la arena cavado había.

Y va y viene con ansiedad,
Demostrando el plan sin segundo
De encerrar todo el mar profundo
En tan pequeña cavidad.

— «¿Hase visto mayor dislate?» —
(Exclamó, observando, el gran Hombre.)
— «¡Oh! (dice el Rapaz), no os asombre;
Que no es esto gran disparate.

»Desde que sé que hay algún loco
Que en su pobre y vana cabeza
Quiere comprender la grandeza
De Dios, ya lo que intento es poco.» —

Á tal contestación, los labios
Frunció el filosofastro, y dijo:
— «¡Cáspita! ¿quien eres tú, hijo,
Que así te burlas de los sabios?» —

— «No importa (replicó) mi historia;
Mas guardad en vuestra memoria:
*Que el docto Cristiano se aviene
Con saber bien lo que conviene* ¹.

¹ Rom., XII, 3.

FÁBULA XX

El León y su Corte.

El León de mi historia llegó á anciano,
Que el tiempo ni en la Corte pasa en vano.
Y, entre achaques sin cuento,
Sobrevínole oler tan mal su aliento,
Que la excelsa Leona,
A quien rinde á tal precio la corona,
El divorcio demanda, á voz en cuello,
Por no sufrir el marital resuello.

Incrédulo el Monarca á su dolencia
(Que nadie olió la propia pestilencia),
Al fallo quiere estar, por todo norte,
Que den los Animales de su Corte.

El Caballo primero
Llegó con aire generoso y fiero
A decir la verdad; pues la añagaza
Es de gente rüin, no de su raza.
Mas, no bien se acercó á la regia boca,
Con firmeza no poca

Dando un bote hacia atrás, exclama:— «¡Cierto
Es que os huele, Señor, á perro muerto!»—

Y por listo que anduvo el Declarante,
Dejó un anca en las uñas del Rapante.

Acude luego el Can, festivo, diestro,
Y que, en punto de husmar, es el maestro;
Y, llegándose á oler, moviendo el rabo,
Así depone al cabo:

— «¡Oh, qué edén! ¡Qué fragancia
Se esparce en derredor de aquesta estancia!
¡Vuestro aliento, Señor, es ámbar puro!
Quien diga lo contrario es un perjuro.»—

— «¡Ah, Perro adulador! ¿Al Soberano
Así mientes, infame cortesano?»—
(Dijo el León); y de una manotada
Dejó al Can sin cabeza en la estacada.

Llega la Zorra en pos, que vido esto,
Almibarando el gesto,
A fin de reservar lo que allá siente;
Y habló así con acento reverente:
— «Perdóname, Señor; no huelo nada,

Y es que estoy, hace tiempo, constipada.
Y fingiendo estornudos,
Fuése en paz, repitiendo los saludos.

Y tras este Animal otros vinieron,
Que su ejemplo y la farsa repitieron.
De lo cual, dando fe dos Elefantes,
Las cosas se quedaron como antes.

¿Necesitas, Lector, de catedrático
Que descifre este apólogo enigmático?

¡Poderosos! Tratáis á la baqueta
Al que os dice verdad, sencilla y neta;
Y soléis, como es justo,
Del vil adulator tomar disgusto!...
Pues ¿qué hará la prudencia en tal camorra?
¿Constiparse? ¿no oler? ¿volverse Zorra? ¹

¹ San Ambrosio.

FÁBULA XXI

El Blasfemo.

Una Cruz de toско pino,
En un campo levantada,
Por la sombra dibujada,
Copiábase en el camino.
Espantósele el pollino
Á Blas con la sombra oscura,
Y el ganso en la tierra dura
Vino á dar..... (por las orejas).
Con lo cual blasfema y jura,
Rompe en sacrílegas quejas.

Y al ver la Cruz, que, en el suelo,
La sombra fiel ha extendido.
Pisábala enfurecido,
Vengándose así del Cielo.
Más ¿qué logra el muy ciruelo?
La Cruz siempre se levanta
Sobre la rústica planta,
Por más que en pisar se extrema;

Y así del crimen que espanta
Sacó sólo..... ¡el anatema!¹

*Quien, de acción ó de palabra,
Contra Dios la espada esgrima,
Su eterna desdicha labra,
Y Dios siempre queda encima.*

1 Levit, XXIV, 23.

FÁBULA XXII

El Cazador.

Corría y aun volaba,
Tostado, endurecido,
Un cazador temido
Que el prado, selva y montes asolaba.
La perdiz, el conejo y el chorlito,
El gamo, el jabalí, la liebre, el ciervo.....
¡Todo libre animal que corre ó vuela!
Son manjar exquisito
Que persigue el Protervo
Hasta verlos parar en la cazuela.
Cierta vez un Pastor, que era ladino,
Detúvole, al pasar, en su camino;
Y en tono atrabiliario
Increpó de este modo al sanguinario:
— «¡Ven acá, hombre malvado!
¿No tienes en tu casa y á tu lado
En ópimos viveros,
Cerdos, gansos, cabritos y carneros.....
Y pavos y gallinas?
¿Por qué sólo te inclinas

A prender lo que no te pertenece
Y que sólo al mirarte se estremece?» —
— «¡Por lo mismo, doctor de los paletos!
(Replicó el Cazador con fieros bríos):
Esos que tú me nombras ya son míos:
Los tengo bien sujetos;
Y mis órdenes guardan sin combate,
Sin que yo los persiga ni maltrate.
» Al paso que los otros, á mi imperio
Califican de horrible cautiverio:
¡Nada quieren conmigo,
Aborrecen mi casa y mi arboleda!
Por eso los persigo
Y, sin cuartel, los mato como pueda.» —

*¡Ay! tal obra Satán con los humanos:
Deja en paz á los suyos en prisiones,
Y pone tentaciones,
Escúndalos, celadas, sugeriones.....
A los que libres huyen de sus manos!
Esto dice un teólogo,
Añadiendo: «De horror y espanto llenos
Retengan el apólogo
Lo mismito los malos que los buenos.»*

FÁBULA XXIII

El Diamantista.

A las puertas de mi casa
Mendiga un Anciano el pan,
Astroso, encorvado y sucio,
Aunque diz tuvo caudal.

En cierta ocasión le dije:
— «Cuenta, hermano, en puridad,
Por qué trágicos sucesos
Viniste á miseria tal.» —

— «Con gusto (el Viejo responde):
Os vais, Señor, á admirar:
Yo era hombre de fortuna;
Que heredé algún capital.

» Y me lancé á Diamantista,
Creyendo poder medrar,
Sin conocer de las joyas
El mérito y calidad;

» Llegando á tal mi ignorancia,
Que no distinguí jamás
El cobre del oro puro
Ni el rubí del pedernal:

» Daba lo falso por fino,
Lo fino por incapaz,
Vidrios pintados, por perlas,
Y, por diamantes, cristal.

» Con lo que bien se adivina
Lo que se vino detrás:
Primero la cárcel, luego
El hambre y la enfermedad.» —

— «Pues, hermano, no me admiro:
Mucho de eso hay por acá
(Respondíle); pues hay hombre
Sin ciencia ni habilidad,

» Sin vocación, sin talentos,
De nada bueno capaz,
Que sube á brillantes puestos
Porque sí, y por nada más.

» Con lo cual en su ejercicio.....
¿Queréis saber lo que hará?
Pues dará palos de ciego,
El error por la verdad.

» Lo injusto por la justicia,
Lo aparente por real,
El vicio por las virtudes,
Los disturbios por la paz.

» Y, en fin, en todos los casos
Daré por el bien el mal.» —
— «¡No le arriendo las ganancias
Al dicho, ni acá ni allá!» —

(Repuso el Viejo). Y yo asiento
Por doctrina muy cabal:
*¡Que el deber del propio estado.....
En conciencia hay que llenar!*